



Lám. 1. Premio lácteo de San Bernardo, óleo atribuido a Sivestre Estanmolín, pintado para el Monasterio de Piedra hacia 1590-1625, conservado actualmente en la ermita de Nuestra Señora de Jaraba.

SAN BERNARDO Y LAS REFORMAS CISTERCIENSES

FR. OCTAVI VILÀ

Monasterio de Santa María de Poblet

abat@poblet.cat

Resumen: Con la fundación de Cîteaux en 1098 por Roberto de Molesmes se iniciaba no solo una nueva experiencia monástica con la voluntad de recuperar el espíritu de la Regla de San Benito, comenzaba una de las mayores aventuras monásticas europeas. Su proyección, fundamentalmente espiritual, tuvo también un carácter cultural y económico que en España vertebró los territorios hasta entonces bajo dominio musulmán. En el mundo cisterciense es fundamental la vertebración de los monasterios y su relación de filiación. En el caso de Piedra, por su carácter de fundación del Monasterio de Santa María de Poblet, lo relaciona con todos aquellos territorios que formaron la Corona de Aragón. Los reyes de Aragón, a la vez condes de Barcelona, vieron en el mundo cisterciense un elemento que daría cohesión territorial y garantizaría el desarrollo económico favoreciendo a su vez la repoblación. Císter y Corona de Aragón se convirtieron en dos ideas íntimamente ligadas.

Palabras clave: San Roberto de Molesmes, San Bernardo de Claraval, Císter, monasterio, Poblet, Piedra.

SAN BERNARDO (SAINT BERNARD) AND CISTERCIAN REFORMS

Abstract: *With the foundation of Cîteaux in 1098 by Roberto de Molesmes, not only did a new monastic experience aimed at recovering the Rule of Saint Benedict (San Benito's Rule) take place, but one of the major European monastic adventures commenced. Its projection, fundamentally spiritual, also revealed both a cultural and economic character that structured the territories under Muslim rule in Spain until that time. In the Cistercian world, both the distribution of the monasteries and their relationship of filiation is essential. In the case of Piedra (Stone), due to its condition as the settlement where the Monastery of Santa María de Poblet (Saint Mary of Poblet) was founded, it is related with all those territories that constituted the Crown of Aragon. The kings of Aragon, also Counts of Barcelona, regarded the*

Cistercian world as an element that would both give territorial cohesion and guarantee economic development, favouring repopulation at the same time. Cister and Crown of Aragon became two narrowly connected ideas.

Keywords: *Saint Roberto de Molesmes, Saint Bernard de Claraval, Cister, Monastery, Poblet, Piedra (Stone).*

Muchas gracias por la invitación a participar en el centenario de la consagración de la iglesia de este Monasterio. Visitar de nuevo, como cada vez que he tenido ocasión de hacerlo, la que si me permiten quisiera definir como la hija aragonesa de Poblet, es un placer y más con motivo de este octavo centenario de la consagración de su iglesia. Piedra es hija de Poblet; y para nuestra Orden, incluso hoy, la relación de filiación es muy importante. Todos partimos de Cîteaux, el nuevo monasterio fundado por San Roberto de Molesmes en 1098, este es el origen del monacato cisterciense. Pero sin duda es también fundamental, más adelante hablaremos de ello, que el segundo monasterio en este nuestro árbol genealógico común es Clairvaux, la fundación de San Bernardo. Tras este vendrán: Grandselve y Fontfreda, madre de Poblet. Nuestro origen común es pues Cîteaux. Veamos brevemente qué significó esta nueva fundación para el panorama monástico de su tiempo.¹

CÎTEAUX

Para tener una idea del carácter específico de la reforma Cisterciense hay que observar en primer lugar la figura de Roberto de Molesmes. Nació cerca de Troyes, en Champagne, alrededor del año 1028. Se convirtió en monje benedictino en la Abadía de Moutier-la-Celle a la edad de quince años, abadía fundada en torno al año 660. Unos diez años más tarde fue elegido abad de Saint-Michel en Tonnerre. Allí los monjes intentaron reformar su estilo de vida, pero no perseveraron en el intento, y Roberto decepcionado regresó a Moutier-la-Celle.

¹ Nota del editor: dada la importancia que supone para nosotros tener en la presente publicación un testimonio vivido en primera persona, escrito por el abad del Real Monasterio de Santa María de Poblet, casa mater de Piedra, sobre los modos de vida cistercienses y sobre la propia historia de la reforma monacal cisterciense, el comité científico organizador ha estimado aceptar la publicación de su conferencia tal y como el abad fray Octavi Vilà nos la hizo llegar, aunque carezca del aparato crítico habitual en un estudio científico como el que se encuentra en las restantes páginas de este libro.

Desde antaño Roberto estaba inquieto por recuperar el espíritu de la Regla benedictina y mantenía contactos con un grupo de ermitaños que vivían en el Bosque de Colan, estos deseaban ver a Roberto como su superior, aunque hasta entonces siempre se resistió a ello. Cuando Roberto fue nombrado superior de Saint Ayoul de Provins, los ermitaños escribieron al papa Gregorio VII, quien ordenó a Roberto en 1074 que fuera a Colan. En 1075, trasladó su pequeña comunidad a Molesmes.

La fundación de Roberto tuvo tanto éxito después de unos años iniciales difíciles que Molesmes pronto se convirtió en un pequeño Cluny, con más de treinta prioratos dependientes, así como otros anexos y algunos monasterios de monjas adscritos. Este éxito obligó a Roberto a desempeñar a su pesar un papel en el mundo del feudalismo. Los benefactores enviaron allí a sus hijos para recibir una buena educación, convocaron reuniones de nobles en el mismo monasterio, y la cantidad de tierra acumulada en calidad de dominio volvió a requerir una gran cantidad de siervos. La complejidad de esta vida llevó a Roberto a tomarse un tiempo de reflexión, lo que hoy llamaríamos un tiempo sabático. Durante este período, los monjes lamentaron la ausencia de su superior y obligaron al Papa Urbano II a intervenir, argumentando la ruina moral y financiera de su comunidad. Aunque la paz regresó a Molesmes con la vuelta de Roberto, todavía había un grupo de religiosos en la comunidad que aspiraba a un estilo de vida más simple y puro. Se trataba más bien de una divergencia de ideales monásticos y no tanto de poder hablar de monjes exigentes y de monjes perezosos o laxos. Pero el resultado para la comunidad fue una fuente de desarmonía, disputas y discordia. Al no encontrar ningún apoyo moderador en el obispo local, los reformadores buscaron en Hugues de Die, el reformista, arzobispo de Lyon y legado del Papa Urbano II, una ayuda. Hugues propuso dividir la comunidad entre Molesmes por un lado, y el nuevo monasterio, así se denominaba a Cîteaux originalmente, por otro. Roberto fue instalado como abad de Cîteaux por el obispo Gauthier de Chalon. La situación de los monjes de Molesmes fue volviéndose de nuevo degradante e intentaron una vez más hacer volver a Roberto y de nuevo lo lograron. Es por esta causa que Roberto permaneció como superior del nuevo monasterio solo por poco más de un año. Molesmes continuó creciendo bajo su dominio hasta su muerte el 17 de abril de 1111, a la edad de 83 años.

Para entender la espiritualidad que hay tras la nueva fundación hay que buscar sus referentes en la tradición monástica. Por ejemplo, en los primeros libros copiados en su *scriptorium*, que nos dan una idea de las prioridades de los fundadores: eran fundamentalmente textos litúrgicos, la *Biblia* y las obras

de San Gregorio Magno. Esto indica que la mayor parte de los valores de la reforma monástica se cimentarían en el contacto con la tradición de vida y espiritualidad, que se expresan en la *Regla de San Benito* y en la liturgia. Roberto, Alberico y Esteban, sus fundadores, querían volver al espíritu del camino de vida trazado por San Benito.

En la *Historia eclesiástica* de Orderico Vital se atribuyen a Roberto de Molesmes estas palabras que resumen bien la espiritualidad del nuevo monasterio:

Nosotros, carísimos hermanos, hemos profesado la Regla de san Benito; pero me parece que no la vivimos en su integridad. Observamos muchas cosas que no están en ella, y descuidamos otras claramente prescritas en la misma Regla. No realizamos trabajo manual, siendo así que, como lo leemos, nuestros padres lo practicaron. Si dudáis de ello, amigos míos, leed las vidas de los Santos Antonio, Macario, Pacomio. Y por encima de todos ellos, el doctor de los gentiles, el apóstol Pablo. Tenemos comida abundante y vestidos, gracias a los diezmos y ofrendas de aquello que pertenece a los clérigos. De este modo nos alimentamos con sangre humana y nos hacemos reos de pecado. Os exhorto a que observemos en su integridad la Regla de San Benito, no desviándonos ni a la derecha ni a la izquierda. Que nos vistamos y nos alimentemos gracias al trabajo de nuestras manos; que nos abstengamos, tal como lo quiere la Regla, de usar calzones y vestir telas finas y pieles. Y dejemos los diezmos y las ofrendas a los clérigos que están al servicio de la diócesis. Así, imitando a nuestros Padres, seguiremos presurosos las pisadas de Cristo.²

Este proyecto conlleva rechazar algunas evoluciones subsiguientes a la Regla de San Benito, pero no todas. Era un intento de purificar y centrar la tradición, más que una forma totalmente nueva del monacato. Los monjes benedictinos, los monjes negros, y los cistercienses, los monjes blancos; denominados así por el color de sus hábitos, tenían mucho en común, esencialmente sus fundamentos espirituales, basados en la Biblia, la liturgia, y muchas costumbres monásticas. El contexto cisterciense debe incluirse en la larga historia de autocorrección de la línea fundamental de la tradición benedictina, y sus numerosas iniciativas de adaptación, renovación y reforma. Nos encontramos en un siglo, el XI, en el que son muchos los que buscan una recuperación de las fuentes del monaquismo. Debieron ser docenas los grupos fundacionales y centenares de personas los que en ellos intervinieron.³ El mismo San Bruno antes de fundar la Gran Cartuja estuvo unos meses compartiendo la vida de la comunidad de Molesmes dirigida por San Roberto. Fue por la reputación de la vida de la comunidad

² CHIBNALL, Marjorie, 1968-1980, *Historia eclesiástica*, VIII, 25.

³ UN CARTUJO, 1995, p. 83.

dirigida por Roberto de Molesmes que hacia 1082 San Bruno de Colonia fue en busca de su consejo y llegó a recibir de él el hábito monástico, antes de partir hacia la Gran Chartreuse.

Roberto fue sustituido en Cîteaux por Alberico, el segundo de los tres monjes considerados fundadores de la orden cisterciense. Alberico nació alrededor del año 1050, fue primero ermitaño en Colan. En 1075 siguió a Roberto a Molesmes, donde se convirtió en prior. Luego le acompañó a Cîteaux, en 1098; donde de nuevo fue prior y sustituyó a San Roberto, al regresar este a Molesmes, en 1100 como segundo abad. Así nos lo describe, con su deliciosa visión, el *Exordium Parvo*, que narra aquellos primeros años:

Privada de su pastor, la iglesia de Cîteaux se reunió y eligió canónicamente como Abad a un hermano llamado Alberico, hombre muy erudito tanto en las ciencias divinas como humanas, amante de la Regla y de los hermanos. Había desempeñado por mucho tiempo el oficio de prior en esa iglesia y en la de Molesmes, donde había trabajado con gran empeño para que los monjes de Molesmes se trasladasen a este lugar, debido a lo cual sufrió muchas injurias, cárcel y azotes.⁴

Alberico demostró un especial interés por la cultura, así ordenó la copia del breviario utilizado para los servicios religiosos y, a partir de este período, el *scriptorium* de Cîteaux vio elaborar muchos manuscritos primorosamente miniados. Obtuvo la protección papal para la fundación naciente, el Papa Pascual II confirmó la separación de esta de Molesmes y reconoció la validez del estilo de vida adoptado. Fue Alberico quien decidió cambiar de emplazamiento el monasterio, y lo instaló en el actual, apenas 2 km del inicial, ya que el primer emplazamiento tuvo que abandonarse debido a la escasez de agua. Alberico murió el 26 de enero de 1108, a la edad de 58 años.⁵ Vemos pues ya en los inicios cistercienses como existe una relación con el agua, para la existencia de un monasterio esta es imprescindible, para beber los monjes, mover los molinos y mantener salubre el monasterio mediante un sistema de aguas, hoy diríamos, residuales.

No hay ningún indicio de que Roberto y Alberico intentasen afianzar y consolidar su proyecto de vida monástica más allá de lo que era usual en monasterios similares con el único fin de mantener la calidad de la vida comunitaria y del cumplimiento de la Regla. Roberto había vuelto a Molesmes y Alberico murió entre la tristeza de su comunidad por la falta de vocaciones. Es

⁴ EBERBACH, Conrado de, 1998, *Gran Exordio*. Cap. XVI, pp. 63-64.

⁵ VAN-DAMME, Jean-Baptiste, 1998.

Esteban Harding quién establece la nueva forma de entender la vida monástica siguiendo la *Regla de San Benito* como una nueva orden: los cistercienses. Detengámonos unos breves instantes en su personalidad ya que es el primero de una serie de ingleses, como Elredo de Rieval por ejemplo, que se incorporaron al mundo cisterciense. De hecho nos encontramos ante un exiliado, *Quod fuit, ipsum est, quod futurum est. Quod factum est, ipsum est, quod faciendum est: nihil sub sole novum*,⁶ ya que las guerras que finalizaron con la implantación de la dinastía normada en Inglaterra y el posicionamiento de su familia en el bando perdedor le motivaron, bien por prudencia o bien por temor, a abandonar la abadía de Sherborne para huir a Escocia y de allí a Francia, donde frecuentó algunas escuelas catedralicias, probablemente Reims y París. De vuelta de su peregrinación a Roma se hospedó en Molesmes y allí quedó unos días hasta pedir su ingreso como monje.

En este su segundo inicio de vida monástica conoció una nueva manera de vivir la *Regla de San Benito* de la mano de Roberto. Participó en la fundación de Cîteaux y con los monjes fundadores llegaron cuando aquel lugar no era más que un prado perdido en el bosque, en lo que podría considerarse un desierto, en el sentido monástico de lugar aislado. Pronto recibieron la protección de Reinaldo, de Odón, el duque de Borgoña y del arzobispo Hugo para la construcción del monasterio. El 21 de marzo de 1098, se inauguró la nueva abadía; Roberto era el abad, Alberico el prior y Esteban el subprior. A la marcha de Roberto de nuevo a Molesmes, Alberico fue nombrado abad de Cîteaux y Esteban prior. Fue tiempo de duras dificultades y la transformación del bosque en tierra laborable era tarea ardua por lo que los monjes atravesaron algunos períodos de gran estrechez. En 1109, murió Alberico y Esteban le sucedió en el cargo de abad. En su primer decreto prohibió que los magnates tuviesen cortes en Cîteaux, aunque con ello privaba a la abadía de su principal apoyo humano y económico y se granjeaba así la enemistad del duque Hugo, el sucesor de Odón. Su segundo decreto fue todavía más desconcertante para aquel entorno, pues prohibió el uso de objetos costosos en la liturgia y suprimió toda pompa; los cálices debían ser simplemente plateados, las casullas de tejido ordinario, etc. El efecto inmediato de estas medidas fue disminuir el número de visitantes y, sobre todo, el número de novicios, cosa que ya desde antes preocupaba a los monjes. Así, llegó el día en que el monasterio se hallaba prácticamente en la

⁶ ¿Qué es lo que fue? Lo mismo que será. ¿Qué es lo que ha sido hecho? Lo mismo que se hará; y nada hay nuevo debajo del sol. *Biblia del Peregrino*. 1993, Ecl 1,9.

miseria. De este momento se cuenta una curiosa historia: El abad, en un acto de total confianza en Dios, mandó a uno de sus monjes al mercado de Vézelay a comprar tres carros y tres caballos y le ordenó que los cargase con víveres. Cuando el monje le pidió el dinero necesario, el abad le replicó que solo tenía tres céntimos. El monje partió obedientemente con los tres céntimos y al llegar a Vézelay contó a un amigo suyo la situación en que se hallaba. El buen hombre corrió al punto a la cabecera de un rico vecino, que estaba en su lecho de muerte y consiguió que este pagase toda la mercancía. A pesar de la ayuda de la providencia, el número de monjes seguía disminuyendo en Cîteaux. Esteban, que amaba la Regla y el lugar, según nos dice la *Carta Caritatis*, era un hombre erudito, resolutivo, pragmático y buen gestor.

En plena situación de crisis del nuevo monasterio una epidemia empezó a diezmar a los pocos que quedaban, de suerte que Esteban, a pesar de su heroico valor, no pudo menos de preguntarse si estaba cumpliendo realmente la voluntad de Dios. De nuevo una curiosa historia intenta explicarnos la situación, así Esteban pidió a un monje moribundo que, si Dios se lo permitía, volviese de la tumba a iluminarle sobre la voluntad del Señor. Poco después de su muerte, el monje se apareció a Esteban, cuando este iba a partir al campo, y le dijo que Dios no solo estaba contento de su manera de proceder, sino que el monasterio se vería muy pronto lleno de monjes que:

Como abejas afanosas que revolotean alrededor de la colmena, irían a fundar nuevas colonias en diversas partes del mundo.

Satisfecho con esa respuesta del cielo, Esteban aguardó pacientemente el cumplimiento de la profecía. Y en estas llegó San Bernardo.

CLAIRVAUX

Estando en precaria situación la comunidad del Nuevo monasterio un día se presentaron a su puerta treinta jóvenes, quienes manifestaron al asombrado portero que solicitaban la admisión en la vida religiosa. Todos ellos procedían de la nobleza y el que capitaneaba al grupo, era San Bernardo. Sintién dose llamado a la vida religiosa y no queriendo separarse de sus amigos y parientes, se había ganado, uno tras otro, a sus hermanos, a un tío y a varios de sus conocidos. Fue un antes y un después en la vida de aquella comunidad. Esteban se entregó en cuerpo y alma a dos grandes tareas: la formación de Bernardo y sus compañeros y a la redacción de las constituciones, la *Carta Caritatis*. El nú-

mero de novicios obligó pronto a los monjes a fundar, tras la Ferté, una nueva abadía en Pontigny, a la que siguieron las de Morimond y Clairvaux. Para gran sorpresa de todos, Esteban nombró a Bernardo abad de Clairvaux, aunque este no tenía más que veinticuatro años.

Con el objeto de mantener los lazos entre Cîteaux y sus filiales, Esteban dispuso que todos los abades se reuniesen cada año en un Capítulo General. En 1119, había ya nueve abadías dependientes de Cîteaux y de Clairvaux. Para organizar la Orden Cisterciense y determinar su modo de vida, pasadas las primeras dificultades, las nuevas fundaciones dieron lugar a la redacción de la *Carta Caritatis*, el texto fundamental para nuestra Orden y que basa sus lazos materno filiales en la caridad. El texto, sin el cual no se entiende el mundo cisterciense, expresa de una parte la voluntad de renunciar a todo tributo pecuniario por parte de una abadía hija y a la vez velar por la observancia de la Regla en las fundaciones. Dice así en su prólogo:

Antes de que las abadías cistercienses comenzasen a florecer, el Abad Dom Esteban y sus hermanos, para evitar tensiones entre los obispos y los monjes, establecieron que de ningún modo se fundasen abadías en la diócesis del obispo que no aprobase y ratificase el Decreto elaborado y aprobado por la comunidad de Císter y las que de ella procedían. En este Decreto dichos hermanos, preocupados por la paz futura aclararon, establecieron y legaron a las futuras generaciones cómo, de qué manera y con qué caridad permanecerían indisolublemente unidos sus monjes, dispersos físicamente en las abadías de las diversas regiones. También pensaban que este Decreto debía llamarse Carta de Caridad, porque no pretendían en absoluto otro tipo de impuesto que no fuera la caridad, ni otro beneficio más que el bien espiritual y temporal de todos los hermanos.⁷

Avanzada su ancianidad y sus achaques físicos, Esteban renunció al cargo abacial para prepararse a morir. De nuevo un relato nos lo sitúa ya en su lecho de muerte, cuando oyó a unos monjes decir, en tono de alabanza, que sin duda iba a presentarse sin temor al juicio de Dios; irguiéndose entonces en el lecho, les dijo:

Os aseguro que voy a presentarme ante Dios con temor y temblor, como si ninguna cosa buena hubiese hecho en mi vida, porque lo que pude haber hecho de bueno y el fruto que haya podido recoger, son obra de la gracia de Dios y tengo miedo de haber administrado la gracia con menos celo y humildad de lo que debiera.

El temor de Dios es una de las ideas más presentes en la *Regla de San Benito*.

⁷ BERGA ROSELL, Ramón, 1953.



Lám. 2. Pasillo de los hermanos legos conversos del Monasterio de Piedra cubierto con una bóveda de cañón corrido, s. XII.

Clairvaux y Bernardo serán una sola alma, escribe Thomas Merton, un monje cisterciense, maestro espiritual del siglo XX.⁸ Ambos serán los signos de la misma realidad, la gran renovación de la vida mística propia del siglo XII, esta resurrección espiritual cuya impronta marcará todos los otros renacimientos de la época. La abadía se convirtió en una referencia inevitable para toda Europa: en 1153, Clairvaux tenía 169 abadías fundadas. Un modelo institucional, basado en la *Carta Caritatis*, que conecta a las abadías y les garantiza la igualdad y la autonomía. También un modelo estético, porque San Bernardo quiere que la arquitectura y la liturgia de sus monjes esté despojada de esplendor, para promover la oración, la meditación y el ascetismo, evitando las distracciones. Un modelo económico, finalmente, que trastorna la sociedad feudal envejecida; porque estos monjes, provenientes de la nobleza, se convierten también en campesinos. La abadía cisterciense es la ciudad ideal, autosuficiente que soñaba San Benito en su Regla; construida lejos de las aldeas, desarrolla una actividad agrícola de subsistencia, con el apoyo de una red de granjas donde trabajan los hermanos y los trabajadores asalariados. Estas son las dos grandes aportaciones cistercienses al mundo monástico; las comunidades se hallan formadas

⁸ MERTON, Thomas, 1956.

por monjes de coro y por hermanos legos; dos comunidades, dos monasterios paralelos en un mismo lugar. Cada una con su refectorio, dormitorio y lugares de trabajo; unos dedicados a la cultura, otros al mundo agrícola y artesanal. Y esto tiene su repercusión en la misma arquitectura, aquí en Piedra tenemos uno de los pocos ejemplos que se han conservado de un corredor de conversos, un túnel por el que los hermanos entraban en la iglesia sin ver a los monjes de coro; así también se explica que en todas las iglesias de los monasterios cistercienses existen dos puertas que dan al claustro, la más cercana al presbiterio para los monjes de coro, la más alejada para los hermanos conversos. La figura de los hermanos conversos está directamente vinculada a las denominadas granjas, pequeños dominios con un edificio central, a menudo fortificado, que era regentado por uno o dos hermanos conversos que vivían allí y dirigían la explotación agrícola y ganadera.

San Bernardo por su deslumbrante personalidad y la amplitud de su trabajo intelectual adquirió pronto gran importancia en la vida eclesial y pública asesorando a hombres de Iglesia y del mundo. Por encima de todo, su trabajo fue espiritual; por ello trabaja y recurre a las *Sagradas Escrituras* y a ellas entrega el testimonio de su vida. De este rico trabajo, se pueden retener tres mensajes, que subraya Thomas Merton:

La acción es poderosa solo si se arraiga en una vida interior profunda.

Como escribe Bernardo en su tratado *De Consideratione*.⁹ Aquí, Bernardo habla al Papa Eugenio III, antiguo monje suyo, pero también a todos los hombres de poder, una obra que San Juan XXIII, siendo Papa, se hacía releer con frecuencia mientras comía. San Bernardo monje y evangelizador a la vez, teje un vínculo entre la acción y la contemplación, que en realidad es solo el despertar a una vida superior, a una vida de acción más perfecta y fructífera, una preciosa fuente de caridad apostólica. Bernardo desarrolla una teología de la gracia. El amor es la única razón de ser del hombre, y Dios, que tiene la intención de acercarse a Él, comienza y completa el trabajo de transformación de su alma por la gracia. Bernardo parte de la meditación de la Palabra, en la línea que la Constitución *Dei Verbum* del Concilio Vaticano II tomaría siglos después, y de la ayuda de la gracia, en la más pura raíz agustiniana; para él con el recuerdo, el autoconocimiento y la entrega personal, debemos cooperar con la acción de la gracia que nos libera, para que nuestra redención se realice en

⁹ BNE: Bernardo, Santo, *De consideratione ad Eugenium Papam*, Ms. 9718.



Lám. 3. Panda claustral del Monasterio de Poblet, s. XIII, donde se percibe la armonía de proporciones, masas y volúmenes que inspiran la arquitectura cisterciense a lo largo de la Edad Media.

nuestra vida. Finalmente, Bernardo hace vibrar con una nueva visión, llena de esperanza y aliento la espiritualidad medieval, prefigurando a San Francisco de Asís. Cada alma pecaminosa, asegura Bernardo, tan consciente de su exilio y tan cerca de la desesperación, no solo puede descubrir una razón para esperar el perdón y la misericordia, sino incluso atreverse a aspirar a la perfecta unión con Dios en una unión mística. Ciertamente, poco a poco, tras la muerte de Bernardo en 1153, el modelo de Clairvaux se socavó. Los monjes recaudaron de nuevo impuestos eclesiásticos, compraron tierras y vendieron el excedente de su producción. Al frente de las granjas que continuaron creciendo, los abades del siglo XIV recuperaron su rango de señores. Sin embargo, Clairvaux, modeló el paisaje y la actividad económica de Europa; los monjes despejaron y pusieron las tierras en cultivo, cavaron canales y drenaron el agua de los ríos, mejoraron los rendimientos por la rotación trienal y estuvieron a la vanguardia de la industria del acero y del vidrio.¹⁰

La personalidad de Bernardo influye también de manera muy directa en la configuración de lo que se ha denominado el arte cisterciense, caracterizado por la simplicidad y la ausencia de decoraciones excesivas. Cada nuevo monasterio

¹⁰ LEKAI, Louis Jean, 1987.



Lám. 4. Virgen con el Niño presidiendo la hornacina central del Retablo Mayor del Monasterio de Poblet, obra labrada en alabastro entre 1527 y 1529 por Damian Forment y su equipo, encargada por el abad Caixal.

era fundado por doce monjes y un abad salidos del monasterio fundador, a imagen de los doce apóstoles y Cristo; entre estos estaban todos los artesanos necesarios para construir un nuevo monasterio, repitiendo la planta del monasterio originario, de ahí la planificación característica en todos ellos. Así la arquitectura cisterciense fue afirmada en los siglos XII y XIII, en el momento del florecimiento del arte románico en transición hacia el gótico. La orden exige una arquitectura austera, esta sobriedad es la expresión de un sentido moral y teológico; el lujo y la pompa se obvian y se consideran innecesarios.

Además del éxito espiritual, la arquitectura cisterciense representa un equilibrio perfecto de luz en el coro, en el transepto y en las naves de sus iglesias, orientadas siempre de levante a poniente, en armonía de masas y volúmenes, rechazando todo lo superfluo y acentuando la sobriedad. En estricta sintonía con la creación y la alabanza a Dios por esta; en Laudes sale el Sol por el ábside, en Vísperas se pone por el rosetón, toda una lección práctica de teología. Las abadías, generalmente ubicadas en lugares solitarios y en valles, *Bernardus valles, montes Benedictus amabat*, cantaba una cancioncilla popular medieval, están todas ellas construidas de una manera similar: El claustro es el eje de la

vida de los monjes: regula sus movimientos, reuniones y es un lugar de recogimiento, y representa el paraíso perdido, la voluntad del hombre de recuperar la imagen perdida de Dios. Alrededor del claustro están la iglesia; el *scriptorium*, que alberga principalmente el trabajo de escritura de los manuscritos, la sala capitular o capítulo, que permite arbitrar las decisiones de la vida cotidiana, lugar de expresión para los monjes; sobre ella el dormitorio desde donde poder ir a la iglesia por una escalera que da directamente a ella, la zona de los hermanos conversos y el refectorio. Cada ala del claustro se dedica a una actividad que conforma la totalidad de la persona humana: la espiritual, la corporal, la cultural o de formación y la social o de gobierno. Bernardo influyó notablemente en la espiritualidad, el arte y la música en el ámbito cisterciense en su deseo de simplificar y buscar la sencillez.

La figura de Bernardo se está hoy replanteando por los historiadores del mundo cisterciense. No se trata de minusvalorarlo, ello sería imposible, pero sí de circunscribirlo en la patrística cisterciense en la que destacan otros reputados autores como Elredo, Guillermo, Gertrudis, Guerrico o Joaquín de Fiore, por citar algunos. Pero es indudable su fuerza, su carisma, su solidez y su brillantez que le hacen destacar sobre cualquier otro de sus condiscípulos o discípulos. Su impronta en la espiritualidad y el arte es evidente, quedan también añadidas a su obra la predicación de la segunda cruzada contra los cátaros. Como decía Benedicto XVI en la Audiencia del 21 de octubre de 2009:

Para Bernardo, de hecho, el verdadero conocimiento de Dios consiste en la experiencia personal, profunda, de Jesucristo y de su amor. Y esto, queridos hermanos y hermanas, vale para todo cristiano: la fe es, ante todo, encuentro personal íntimo con Jesús, es hacer experiencia de su cercanía, de su amistad, de su amor, y solo así se aprende a conocerle cada vez más, a amarlo y seguirlo cada vez más.

POBLET

A mediados del siglo XII, todavía en vida de San Bernardo, la zona que hoy se conoce como Conca de Barberà, había quedado despoblada tras un largo proceso de lo que se ha denominado reconquista. No se trataba de grandes batallas sino de pequeñas y continuas escaramuzas que contribuían a que el territorio quedase deshabitado y sin cultivo. Para repoblar aquella zona el conde de Barcelona, Ramón Berenguer IV, recurrió a una nueva orden fundada algo más de cincuenta años atrás: los cistercienses. Así nace Poblet hija de Fontfreda, para ser un centro espiritual, cultural y económico en una tierra rica pero yer-



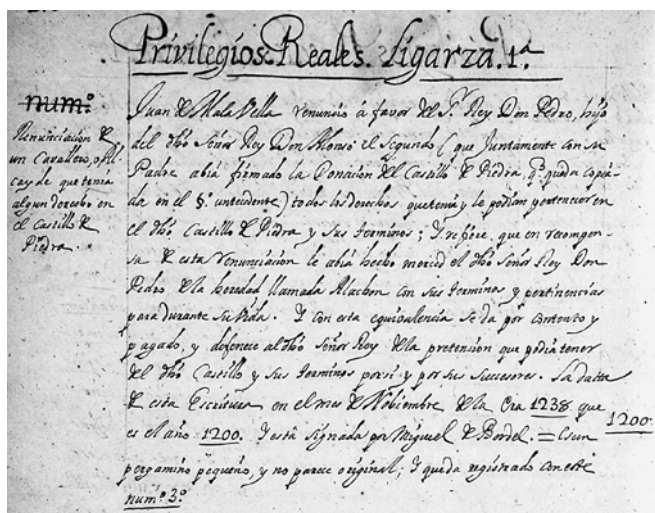
Lám. 5. Vista general del Monasterio de Benifassá, fundado en 1233 por orden de Jaime I.

ma. Todavía durante algunos años existiría la amenaza del enclave musulmán de Siurana, a pocos kilómetros. Era el año 1150 y con la protección real dada a la nueva fundación de Poblet, como a su cercana de Santes Creus, que adquirirían pronto una elevada importancia en la región y en todo el condado. Poblet repetiría el esquema fundando a su vez en los territorios que se irían reconquistando ya bajo la corona de Aragón al unirse ambas dinastías.

PIEDRA

La fundación del Monasterio de Piedra se relaciona también con un doble marco histórico: es parte del fenómeno de las repoblaciones de la segunda mitad del siglo XII y también es un brillante capítulo de la expansión de los cistercienses por la Península Ibérica. En 1186, Alfonso II de Aragón, hijo del fundador de Poblet, y su esposa, Sancha de Castilla, donaron a los monjes de Poblet el castillo de Piedra (*castrum Petrae*) con el objeto de fundar un monaste-

Lám. 6. Renuncia de Juan de Malavella a los derechos que le podían corresponder sobre el Castillo de Piedra en el año 1200, tal y como se recoge en el *Lumen Domus Petrae*, cod. 55 B, del Archivo Histórico Nacional de Madrid, compuesto h. 1680, en tiempos del abad de Piedra Pedro Baile.



rio cisterciense. Era esta la primera fundación de Poblet, pero no se materializó hasta el año 1194. La donación consistía en el castillo de Piedra con todo su término y la villa de Testos (hoy Aldehuela de Liestos), con diez fanegas de tierra de regadío y treinta de secano. Entre 1186 y 1194 los monjes de Poblet realizaron los preparativos necesarios y, el 10 de mayo de 1194, bendecidos por el abad Pedro Masanet, que gobernó Poblet entre 1190 y 1196, salieron del monasterio catalán 12 monjes, a la cabeza de los cuales se encontraba Gaufrido de Rocaberti, I abad de Piedra. Gaufrido debió ser hijo del vizconde Wifredo, hermano del vizconde Dalmau, pariente del arzobispo de Tarragona, Ramón de Rocaberti, del obispo de Zaragoza, Rodrigo Rocaberti, y del obispo de Gerona, Pere Rocaberti. Sus poderosos parientes dieron protección e impulso a la nueva fundación.

La intención inicial del abad era establecer una comunidad filial de Poblet en algún lugar no predeterminado de los territorios meridionales del Reino de Aragón. Hubo tres ubicaciones diferentes antes de encontrar el emplazamiento definitivo. A finales de 1194, se instalaron en Santa María de Cilleruelos, muy cerca de Peralejos (Teruel). Allí empezaron a construir un monasterio, que abandonaron y transformaron en un priorato, manteniéndolo en uso hasta 1835. El rey eximía, en el documento inicial, y de acuerdo con el privilegio apostólico que lo concedía, del pago del diezmo y primicia respecto de las tierras que los monjes cultivaran personalmente. Desde que el abad Pere de Maçanet emprendió la fundación, Piedra se fue afianzando. Primero, los mon-

jes se instalaron en el castillo, pero al cabo de unos años lo hicieron en el lugar definitivo. El traslado fue efectuado en 1218 por el abad Ferran de Averó, y la comunidad quedó allí hasta su dispersión el 1835. Esta primera fundación fue seguida de tres más, realizadas en el siglo XIII, si no al compás de la reconquista llevada a cabo por Jaime I, sí al menos en estrecha relación con las nuevas tierras del rey. El Conquistador, en efecto, cedió, o, mejor dicho, confirmó una cesión hecha por Guillem de Cervera en Poblet, para que fundara una abadía en las tierras de Benifassà, a la parte más septentrional del reino de Valencia, en 1233, inmediatamente después de que Blasco de Alagó se hubo apoderado de Morella. Y, en 1287, el monasterio de la Cuenca tomó posesión de San Vicente, extramuros de la ciudad de Valencia, que también dio el rey. En cuanto a la fundación de La Real, de Palma de Mallorca, es del año 1239 (la ciudad había sido tomada en 1229). Estos tres monasterios subsistieron hasta el año 1835.

En mayo de 1195, Alfonso II ratificó la donación de Piedra a los monjes cistercienses otorgándoles el dominio y jurisdicción completa sobre estos territorios: el *mero y mixto imperio*, con la jurisdicción civil y criminal, ejercida en nombre del Rey. El pergamino con la donación se conserva en el Archivo Histórico Nacional (Madrid) y en él se recoge la obligación de los monjes a rezar una misa anual por el alma del monarca y de sus parientes.

Entre 1195 y 1203 se documenta un problema relacionado con la patrimonialidad de Piedra, que explica la construcción y abandono del tercer monasterio, llamado de Piedra Vieja. En la orilla derecha del río Piedra existía un castillo que, en algún momento de la década de 1120, fue donado a la familia Malavella. En 1200, Juan de Malavella renunció a los derechos sucesorios que le podían corresponder sobre el castillo de Piedra. A partir de entonces, los monjes cistercienses quedaron como únicos dueños del coto redondo del señorío, repartidos entre los actuales términos de Nuévalos y Monterde. Los monjes se establecieron en la orilla izquierda del río Piedra en un monasterio provisional, llamado de Piedra Vieja, construido en madera y adobe. El Monasterio de Piedra Nueva fue la cuarta y definitiva ubicación de la abadía. Los edificios empezaron a construirse en 1203. En 1218 las obras estaban suficientemente avanzadas como para que los monjes pudieran ocupar los edificios. El 16 de diciembre de 1218, se hizo la ceremonia de traslación de la comunidad desde Piedra Vieja a Piedra Nueva. La consagración de la Iglesia abacial fue presidida por el IV abad de Piedra, Jimeno Martín, por el arzobispo de Tarragona, Asprago de la Barca, que actuó en nombre de Jaime I, por el obispo de Zaragoza, Sancho Ahones, y por el obispo de Albarracín, Domingo Ruíz de Azagra, que había sido monje profeso en Piedra. En el sitio donde estuvo Piedra Vieja los



Lám. 7. Virgen María con el niño de alabastro policromado, siglo XV, situada en una de las repisas del claustro de Poblet con ofrenda floral.

monjes construyeron una ermita, llamada de Santa María de los Argalides, cuyos epígrafes constatan que fue reformada en 1755, siendo abad Inocencio Pérez.¹¹

En plena guerra de la Independencia, un decreto de José I, de 1808, supuso la supresión de la comunidad. Los monjes fueron expulsados en 1809 y el ejército francés saqueó la abadía, transformada en hospital. En 1814, terminada la guerra, Fernando VII permitió a los monjes que habían sobrevivido recomponer la comunidad. En 1820, durante el trienio liberal, el monasterio volvió a ser suprimido, sus bienes fueron inventariados, nacionalizados y, algunos de ellos, subastados. En 1823, después de la entrada de los 100.000 hijos de San

¹¹ GONZÁLEZ ZYMLA, Herbert, 2003, pp. 27-82. GONZÁLEZ ZYMLA, Herbert, 2016a, pp. 25-93.

Luis, la comunidad volvió a restablecerse. En 1835, la reina regente María Cristina, siendo Isabel II menor de edad, admitió la promulgación del decreto de disolución de órdenes masculinas y la desamortización de bienes eclesiásticos para, con las ventas, obtener los recursos necesarios para financiar al ejército liberal que apoyaba a su hija durante la I Guerra Carlista. El decreto de Mendizábal de 1835 significó el fin definitivo de la comunidad de Piedra. Los bienes, inventariados, fueron subastados en Ateca, Zaragoza y Madrid en las décadas de 1840 y 1850. Los edificios conventuales fueron administrados por funcionarios entre 1835 y 1843, fecha en la que fueron subastados y adquiridos por Pablo Muntadas Campeny por 1.250.000 reales.¹²

Ante la destrucción, en mayor o menor grado, de nuestros monasterios tras la desamortización de 1835 cabe preguntarse la razón de esta rápida devastación. Por ejemplo en Tarragona la primera cartuja de la península, fundada también por Alfonso II de Aragón, fue asolada en pocos días. Ello no dice nada bueno de la relación de nuestros monasterios con su entorno, significan quizás la pervivencia del régimen feudal, una traba al desarrollo y al acceso de los campesinos a la propiedad de la tierra. No es el momento de analizarlo en profundidad, pero sí quiero dejar constancia de que es necesario tenerlo presente para entender la totalidad de la historia de nuestros monasterios.

LOS MONASTERIOS CISTERCIENSES CENTROS DE ESPIRITUALIDAD

Pero Cîteaux, Clairvaux, Poblet y Piedra fueron ante todo centros espirituales. Lugares donde un grupo de hombres buscaba a Dios en comunidad, bajo una Regla y un abad. La vida del monje, concretamente la del monje cisterciense, tiene que responder al que Dios, ahora y aquí, en esta época concreta nos pide vivir. La fundación de Cîteaux en 1098 quería un regreso a la simplicidad, a los orígenes del cristianismo en la línea con la gran renovación espiritual de la reforma gregoriana. Una vida centrada en la oración comunitaria, la Palabra de Dios y el amor a los hermanos. La Iglesia ora antes del alba, el Oficio de Lectura o Maitines o Vigilias como quieran denominarla, es el momento privilegiado por el contacto con Dios.

El monje dedica dos momentos al contacto con la Palabra, un contacto íntimo y privado; dos espacios dedicados a la *Lectio Divina*. Después de Maitines y antes de Vísperas; la Palabra, referente en la vida de todo cristiano, acontece

¹² BARBASTRO GIL, Luis, 2000.

por el monje cisterciense punto de partida y de llegada de su reflexión y plegaria personal, de su itinerario vital. Laudes, cántico de alabanza al Señor por el nuevo día hace casi de prólogo al momento central de la jornada: la Eucaristía. El trabajo, intelectual o manual, forma parte importando de nuestra vida; San Benito nos dice que la ociosidad es enemiga del alma, y por eso los hermanos se tienen que ocupar a unas horas determinadas en el trabajo manual y a otras también muy determinadas en la lectura divina. En el centro de la jornada la oración del mediodía, Sexta, precede a la comida, en silencio, en comunidad, escuchando juntos un texto que nos lleva de nuevo a la reflexión. Al final de la jornada las dos últimas oraciones al caer la tarde. Vísperas da gracias por el día transcurrido, en Completas se confía la noche, desde antiguo considerada el momento donde el hombre es más vulnerable abandonado por la luz natural, a Dios. Entre ambas el encuentro de la comunidad en la sala capitular para escuchar la Regla, una lectura espiritual y orar por los difuntos.

En cada uno de todos estos momentos el monje cisterciense tiene un recuerdo especial para María, parte integrante de nuestra vida y referencia obligada en nuestro camino. María desde los inicios forma parte privilegiada de la espiritualidad cisterciense y Bernardo es el más claro exponente de esta focalización más que devoción. El monje cisterciense intenta con su vida aportar en la Iglesia un testimonio, un humilde y a menudo discreto testimonio de una vida centrada en la oración, en nombre y como voz de toda la Iglesia, la *Lectio* como profundización en la Palabra, y el servicio a los demás como imágenes de Cristo.

La vida del monje ha sido definida por el Papa Benedicto XVI, como la de aquellos que ofrecen la vida entera a la fe, y constituyen la reserva interna de la fe para anunciar y para espiritualizar la Iglesia:

Siempre habrá lugares donde las personas se puedan retirar, donde puedan vivir una vida de plegaria durante todo el día, donde la plegaria marque el ritmo de la jornada. Son reservas de fuerza, lugares donde la fe se reaviva y desde donde se irradia [...]. Con el progreso en la vida monástica y en la fe, se ensancha el corazón y se corre por la vía de los mandamientos de Dios en la inefable dulzura del amor.¹³

Bello resumen de San Benito del que habría, del que tiene que ser, la vida monástica.

Nosotros, los monjes cistercienses, estamos convencidos de que hoy somos algo más, mucho más, que vestigios del pasado, somos realidad del presente y testimonios del futuro.

¹³ RATZINGER Joseph, *Dios y el mundo*.